BOLETIN

DE LA

REVISTA IBERO-AMERICANA DE CIENCIAS MÉDICAS

AÑO II

FEBRERO 1916

NÚMERO 10

SUMARIO

La vanidad del aplauso, por el Dr. García Triviño.—Advertencia importante.—Al margen de un problema, por el Dr. César Juárez.—Burla burlando, por J. Biosalido.—Información de la Prensa médica.—Formulario médico moderno.—Noticias.

LA VANIDAD DEL APLAUSO

Todos en este pícaro mundo tenemos una mayor ó menor dosis de vanidad, que inútilmente tratamos de encubrirla con el vistoso plumaje de la «autodignidad», el «amor propio», la «conciencia personal de nuestros actos» y otras mil zarandajas por el estilo, que parecerán muy bien á ciertos espíritus superficiales y poco observadores, pero que en manera alguna pueden parecer lo mismo á los

que pasan á través de la vida pensando, discurriendo y observando; lo cual, aunque parazca mentira, no es patrimonio de todos los mortales ni está tampoco al alcance de todos los cerebros.

Hay, desgraciadamente, muchos hombres que no pasan por la vida; es la vida la que pasa por ellos; yo los comparo con las maletas y con los baúles; que compañeros inseparables de nuestras correrías por el mundo, no participan en nada de las bellas emociones que

Advertencia importante

Este BOLETÍN no tiene, ni puede tener, la pretensión de ser reflejo del común sentir del Profesorado del Instituto Rubio—ni de ninguna otra corporación científica,—en asuntos *sociales ó profesionales, morales ó políticos*. Es una tribuna libre é independiente, abierta de par en par á toda idea noble y progresiva en materias deontológicas, y cuyos trabajos se publican siempre *bajo la exclusiva responsabilidad de los autores*. La Redacción se hace solidaria únicamente de los escritos no firmados.

A. Mur

los viajes nos sugieren, y sólo limitan su cometido á ser fieles guardadores de lo que previsora-mente depositamos en ellos. Sí, hay muchos hombres que pasan *facturados* por el mundo, y que todo lo ven con arreglo á como los demás quieren que lo vean, y ellos son los que, naturalmente, se escandalizan cuando alguno trata de remover el sedimento de egoísmos y vanidades que ellos no han sabido ó no han querido advertir en la masa total y general de las gentes y de las cosas.

Todos trabajamos, luchamos y nos desvivimos por nuestro propio y personal medro, que es el genuino representante de nuestra personal y propia vanidad. No diré que alguno no trate de hacer compatible su bienestar propio con el bienestar ajeno: pero en la duda, lo propio, lo personal, que vaya por delante, pues es ley de vida, y las leyes naturales nos arrastran y nos atraen como los abismos.

Cada vez va siendo más escasa, aunque algunos crean lo contrario, la antaño numerosa legión de mártires idealistas, abnegados y soñadores, que en pos de un ideal, fuese el que fuese, pero como ideal hermoso, sacrificaban todo lo sacrificable, incluso la vida y cien vidas más que tuvieran, por lo que ellos estimaban útil y conveniente. Hoy no; los linajes del Quijote terminaron entre la general rechifla de

los «hombres prácticos», que es el nombre que hemos convenido que se debe aplicar á todos aquellos que, con la vista fija en personales conveniencias, tratan todavía de hacernos creer en torturas y sacrificios grotescos, que sólo existen en la imaginación de la media docena que no han llegado á conocer á estos «hombres prácticos».

Hay que ser sinceros, aunque estas sinceridades tengan efectos revulsivos; nadie se molesta por nadie; y caso de que alguno se moleste por los demás, nunca ó casi nunca será con un absoluto y altruista desinterés. Profundizad un poco, adentraros, si os es posible, en los recovecos del alma del que os otorgó la merced, y casi siempre veréis flotar alguna mira egoísta, próxima ó lejana, realizable ó irrealizable, que aun sin exceso de suspicacia por vuestra parte puede conducirnos á comprender y á definir ciertos sacrificios y ciertas abnegaciones.

Yo he pensado muchas veces en lo precaria y difícilísima que sería la vida de los periódicos políticos y profesionales, si al pie de los artículos no constara el nombre del autor; yo he pensado en lo poquísimos que se hablaría en Sociedades y Academias, si el nombre, el pícaro nombre del disertante no figurara para nada en parte alguna, y he pensado, en fin, lo que sería del progreso sin la vanidad íntima de

cada uno, y de lo que sería de las ciencias, de las artes, de todo en general, si el aplauso, esa sugestiva caricia de las multitudes, no nos estimulase para perseverar en la obra emprendida y para continuar nuestros pasos por la difícil y tortuosa senda que conduce á los tan codiciados paraísos de la gloria, de la fama, del renombre.

Sí; la vanidad del aplauso es la que espolea nuestras voluntades, la que pone en tensión nuestros nervios y la que nos arrastra al torbellino de la lucha; inútil es que pretendamos hacer creer á nadie, con lirismos y modestias de guardarropía, que por altruismo, por abnegación, *por amor al arte*, nos agotamos y nos consumimos en estudios ó investigaciones que nos enervan y que nos agobian; es por vanidad, por deseo de *llegar*; no por filantropías farandulescas, que algunos malos histriones tratan de invocar inútilmente.

Las palabras de Dante: «vanidad, vanidad, todo vanidad», es el emblema de nuestras modernas sociedades positivistas; aunque algunos pretendan hacer creer que sus abnegaciones y sus sacrificios sólo van encaminados hacia los ideales augustos de la regeneración y el bienestar ajeno.

Quizá en el tropel de mis desordenadas ideas quiera encontrar alguno un fondo de ironía, de amargura ó de despecho, que estoy

muy lejos de sentir por nada ni para con nadie, aparte de que yo me cuidaría muy bien de no exteriorizarlo, caso de que existiese. Es la observación de la vida, la enseñanza de los hechos mismos, la que me impulsa á proclamar que todos, absolutamente todos, tenemos prendidos en nuestros corazones los garfios de la vanidad y del egoísmo, encubiertos, eso sí, por ridículos alardes de falsa modestia, y por fogosas exaltaciones de grotestas filantropías.

Quizá los médicos seamos una de las clases menos vanidosas y más abnegadas de la sociedad moderna, yo así lo quiero creer; pero ¿qué duda cabe que antes que médicos somos hombres, y como tales nos comportamos muchas veces en defectos y en virtudes!

A los médicos nos seduce el aplauso lo mismo que al resto de los mortales; por él lo arriesgamos todo y sacrificamos todo, emprendiendo aventuradas empresas, trasponiendo en no pocas ocasiones los límites de la audacia, y sacrificando, en aras de la fama y de la gloria, la paz y la tranquilidad que disfrutaríamos si nos dedicásemos á una lucha paciente y ordenada.

Yo he visto pedir la palabra en Academias á personas que no habían oído lo que el ponente había manifestado; yo he oído conferencias á propósito de ciertos asuntos

en los que el conferenciante no tenía la más mínima experiencia personal, y he visto llenar columnas y más columnas de una revista, repitiendo y copiando impudicamente lo que otros habían ya escrito; y todo por *somar*, por bullir, por figurar, por creer que de esta manera se hace un nombre, una reputación que logre redimirles y destacarles entre la «masa gris», tan calumniada y tan despreciada por algunos.

Muy bien que todos aspiremos á que nuestro trabajo sea conocido y sancionado por los demás, siempre que ese trabajo merezca la pena de ser conocido; enhorabuena que todos tratemos de que nuestro esfuerzo sea recompensado; pero procuremos siempre que esos esfuerzos no se constituyan con miras bastardas, ni que sirvan de pedestal para que nuestros egoísmos, soberbias y vanidades encuentren un ambiente apropiado y nos lancen por el despeñadero de la odiosa egolatría, ó por los peligrosos caminos de la ridiculez y el falso endiosamiento.

DR. GARCÍA TRIVIÑO

AL MARGEN
DE UN PROBLEMA

I

LA PRIMERA APOSTILLA

Una tribuna más. Una tribuna

selecta, distinguida, que me obligará á poner sordina á los clarines, y á trocar en charla confidencial la arenga inflamada de mis otras campañas.

Y bien está que sea así, muy bien; que también el espíritu, como el cuerpo, gusta de los rincones cálidos, aforrados de terciopelo y protegidos de la luz, por la silueta, evocadora y sembradora de nostalgias, de una palmera de salón.

Vamos, pues, lector, á charlar del problema médico, como buenos amigos. Este plumífero, que se encarama hoy á tribuna tan querida para ti y para él, está convencido de que el problema médico es cosa fácil de resolver, sencillísima de resolver, y tiene la osadía de venirlo vociferando desde hace cuatro años. Verdad también que sin grandes resultados.

Un poco se cansó su garganta en esta brega á grito pelado; pero como á ti va á contártelo todo á media voz, á buen seguro de que no vas á darte cuenta de tal cansancio.

Porque es el caso que la gente se obstina en no ver la luz donde la luz brilla, y en pedir que se encienda en la obscuridad; en una obscuridad en que no puede encenderse; porque, te lo diré en secreto, no hay ni bombilla, ni mechero, ni quinqué, ni candil, ni cosa por el uso.

La clase médica, desorientada

por culpa, más que de ella de unos cuantos profesionales de la desorientación,—¡si vieras á qué gráfico adjetivo renuncio por imposiciones de la media voz!—aspira á que el problema se resuelva por acción venida de fuera; algo prodigioso como un maná legislativo, los trucos de las antiguas comedias de magia ó los modernos de las películas policíacas.

Los médicos han dilapidado sus buenos montones de buenas monedas de plata en banquetes y homenajes; han derrochado entusiasmos sentimentales; han abierto el grifo del optimismo con una frecuencia y una intensidad rayanas en la crápula; y como la práctica les ha demostrado, con la crueldad que la vida pone en sus lecciones, que la dilapidación del acuñado metal no les sirvió sino para verse en trance de indigestión; que lo del entusiasmo tuvo la eficacia de un coheite pueblerino para el progreso de la aldea y la crápula de optimismo, salvo estar á punto de dejarles el alma seca y oprimida, como limón de casa de huéspedes, ninguna otra ventaja les reportó; en el momento actual los médicos guardan sus monedas, regatean entusiasmos, y cerrado mantienen el grifo del optimismo.

A esto le llaman los perjudicados la indiferencia suicida de la clase. Y como rotular no es resolver, ahí sigue el problema en pie,

vivito, coleando, y, lo que es algo más molesto, aumentando de peso á ojos vistos.

Los médicos no tienen fundamentalmente razón de queja, porque prestaron todas las cooperaciones menos una: la personal.

Para evitar remordimientos, nos apresuraremos á hacer constar que ésta hubiera sido totalmente ineficaz. El problema es complejo, la solución tiene que ser compleja. Esta afirmación pertenece por derecho propio á Perogrullo. Somos los primeros en reconocerlo, y en rendir pleitesía al pensador inmortal, cuyas inspiraciones tan buenos éxitos nos han deparado. Nuestro homenaje no es, pues, totalmente desinteresado.

Perogrullesca y todo, esta pequeña afirmación encierra la clave del problema. Si éste no se ha resuelto aún, atribúyase, no á dificultad de la cuestión, sino al empeño de buscar soluciones sintéticas: una ley declarando á los titulares funcionarios del Estado, otra limitando el número de títulos, la huelga de médicos, etc.

¡No es por ahí! Y permita el lector, pío y amado, que en esta nuestra charla venga á mostrar sus pétalos, insultantemente roja, la flor de la calle, el dicho que desgranara por vez primera sobre los gujarros de la calle de Santiago el Verde la majeza majestad de una boca chula, coralina y húmeda,

como clavel con rocío; que también en los salones es gusto de personas selectas mostrarse conocedoras de donaires y picardías populares.

El camino á seguir es otro. Lo pregonaremos por vez primera desde estas columnas. Habremos de repetirlo hasta la saciedad. Aún no hemos logrado ser oídos, y más vamos confiando en nuestra tenacidad que en nuestros argumentos.

El sendero á emprender es el de la acción múltiple. O, lo que es lo mismo, la intervención mancomunada de tres factores:

La familia del aspirante á médico.

Los profesores del aspirante.

El médico mismo.

Ni paradoja, ni persecución de efectismos, ni afán de notoriedad. Una cosa clara como el agua de roca, sencilla como el juego del dominó, práctica como un millón de pesetas, y tan al alcance de todas las fortunas como el tranvía de Cuatro Caminos, sin mezcla de hipérbole alguna.

Y siendo tan clara, sencilla, práctica y asequible la solución, ¿cómo no fué lograda?

De ella y de su no realización, es de lo que te hablaré en días sucesivos. Igual que hoy en charla suave confidencial, como se habla en las catedrales á las novias; y si me lees, acabarás por ser mi amigo y yo por serlo tuyo, y ambos

por mostrarnos satisfechos del conocimiento, ya que yo no apporto ambición, ni á ti he de exigirte sino paciencia.

DR. CÉSAR JUARROS

BURLA BURLANDO

La eterna rutina nos domina. Muchas veces hacemos esto ó lo otro porque á Mengano se le ocurrió, mientras un mozo, en actitud del que aspira á académico, le limpiaba las botas con fruición. Y estos hechos rutinarios, darwinescos, que llegan á hacerse costumbres inviolables, nos obsesionan tanto en esa hora crepuscular en que decimos todas las verdades (de seis á siete), que no podemos menos de escanciarlos en estas cuartillas, y allí van bajo la forma de preguntas.

¿Por qué, distinguidos internistas, cuando auscultáis un pecho, con las gomas puestas en las orejas, los ojos entornados, la cara inexpresiva, mandáis al inocente enfermo, con tono imperativo, y como el que dice una gran cosa: —Diga usted treinta y tres, treinta y tres.—Y el infeliz bronquítico contesta solemne:—Treinta y tres, treinta y tres.—Se detiene.—Otra vez, insiste el profesor:—Treinta y tres, treinta y tres...—Y así hasta que le mandáis callar? Pues lo hacéis por rutina. Porque lo mismo os daría que dijera: *trespatroncos*,

trapatiesta, trapos pardos, traga la cabra... ó cualquier disparate por el estilo, que son la alegría de las cachupinadas.

¿A qué seguir con osas preguntas odiosas? ¿Se cansa al subir la escalera? ¿Ha tenido abortos? ¿Se le cae á usted el pelo? ¿Tiene caspa? ¿Le pican sus partes? Son perogrullescas, irrisorias y nada prácticas.

¿Por qué todavía seguís percutiendo con las yemas de los dedos, dejando las huellas de vuestras uñas en las carnes del enfermo? ¿Por qué no lo hacéis con los nudillos? Si el objeto es que los pulmones respondan con un tono, yo os aseguro que cuantas veces llamé con los nudillos... me han respondido, con muy buen tono, por cierto.

¿Por qué el médico general ha de llevar barba y lentes, y, en cambio, el cirujano ha de ir completamente afeitado y no le han de faltar los tirantes de goma? No me negaréis que lo primero es de tontos y lo segundo es una femell coquetaría.

La mayoría de los internistas os laváis las manos después de haber visto al enfermo; y ¿por qué no antes también? No tenéis lógica. Para vosotros el enfermo es un suelo, y él, en cambio, tiene que admitir que vais á la visita immaculados, cuando antes de llegar allí habéis pasado las manos por la barandilla de la escalera, la

manivela del tranvía, las columnas sucias del *A B C* y otras columnas más ó menos minijitorias. Hay que tener lógica y limpieza.

El automóvil castra la producción literaria médica. ¿Por qué en cuanto echáis coche, ni pisáis las Academias, ni honráis con vuestros trabajos los periódicos profesionales? ¿Por qué hacéis esto, cuando precisamente alcanzasteis el automóvil porque en otros tiempos hablasteis y escribisteis por los tobillos (no ha de ser siempre por los codos)? Un poco de agradecimiento, señoras.

¿Por qué hay tanto médico militar chato? ¿Por qué muchos de ellos no pagan patente? Porque esto sí que tiene narices, caballeros.

El especialismo crea seres unilaterales, faltos de sentido práctico. ¡Os acantonáis tanto en vuestra especialidad, que en cualquier otro acto de la vida pensáis menos que un mozo de disección! Ahí va un ejemplo de ello. Dicen de Isaac Newton, especialista en los secretos de la creación, que tenía una gata con su cría, y para que pasaran de una habitación á otra sin tener que abrir la puerta, se le ocurrió hacer dos gateras según el tamaño del felino... Por una sola, y grande, hubieran pasado los dos gatitos. Esto atribuyen al gran Newton... ¡Qué de gateras haréis vosotros en la vida!

¿Por qué han de ser las cucharadas cada dos horas? ¿Cuándo los gastrópatas variarán de disco?... (¡Bicarbonato, magnesia, creta... y siempre la misma fórmula!) ¿Desterraréis algún día los botones de fuego? Porque os lo agradecerían muchos pechos. Y la rutina de «¿se aprueba el acta?». Y el público, entre guasón y automático, contesta: «¡Aprobada, aprobada, aprobada!» ¿Y el principio de las historias clínicas: «K. D. T., de dos meses»? ¿Y el «He dicho» de los discursos y las comunicaciones? ¿Y el...?

Pero ya es bastante. Así nos estaríamos preguntando un día y otro día hasta que urbanizasen la Plaza de España. Ponemos punto. Firmamos y rubricamos.

J. RIOSALIDO

INFORMACIÓN DE LA PRENSA MÉDICA

LA HIGIENE EN EL MATRIMONIO,
por el Dr. D. Juan Barcia Caballero,
Catedrático de Medicina de Santiago.

Con este mismo título dióse cuenta en esta Revista de la proposición de ley presentada por el senador por la Academia de Medicina, D. Baldomero González Álvarez, acerca de la prohibición médica del matrimonio en determinadas circunstancias. Como esta publica-

ción se hizo sin comentarios, voy á permitirme hacer algunos, por parecerme que bien los merece asunto de tamaña trascendencia, que no ya de ahora, sino de mucho, viene preocupando á los médicos y también á los profanos.

Las modernas orientaciones de la Higiene y de la Medicina, y aun las de la Sociología en general, exigen cada día con mayor empeño que la primera de las atenciones de los gobernantes sea *la salud del pueblo*: que no en vano la economía tiene tasado en su valor al hombre y calculado en su precio la vida humana, atendiendo á lo que representa como máquina productora. Es natural consecuencia de este principio la legítima conclusión de que la potencia de un Estado debe medirse por el número de sus ciudadanos sanos y robustos. Acaso de este aserto podamos ver la confirmación con sólo mirar hacia el desastroso campo donde, á la sazón, los hombres están pregonando el imperio de la fuerza bruta y el fracaso de nuestra decantada civilización.

Pero si este concepto positivo y *positivista* del hombre no debe olvidarse, ya que sin *cuerpos* no hay hombres, también merece tenerse en cuenta que éstos no son cuerpos solamente, porque al lado de lo somático, que vemos y palpamos, y aun sobre ello, está el *alma* que lo informa, y cuyos intereses, supe-

riores á los del cuerpo, deben ser atendidos en primer término, aun que en alguna ocasión no estén de acuerdo con aquéllos. De no hacerlo así, córrese el riesgo de no juzgar acertadamente en los pleitos humanos, por no atender más que á una sola de las dos mitades del hombre. Tal vez por esto peca el proyecto del Sr. González y resulta demasiado radical. Y no se crea que voy á acudir para demostrarlo á vanas lamentaciones de huerdo sentimentalismo, sino á colocar las cosas en su verdadero lugar

Que la sanidad de los cónyuges es condición de capital importancia para la familia y la sociedad, en orden á la sanidad de la prole, y que á esto se oponen determinadas taras hereditarias, cosa es de conocimiento vulgar y que no merece ni siquiera citarse. A este conocimiento, amén de otras razones de alta moralidad, obedece la prohibición de los matrimonios consanguíneos, para verificar los cuales se exige dispensa especial, solamente concedida en cierto grado. Y respecto de aquellas taras, y también de las enfermedades adventicias, á diario se nos pide á los médicos consejo en muchos casos de matrimonio. Por eso, consejo, y no otra cosa, es cuanto nos compete y cuanto podemos dar. Y aun eso, en el terreno confidencial y familiar, sin carácter de perito oficial y público. ¿Adónde vamos por

ese camino? Las faltas y lacerias de cada cual son algo sagrado y oculto que no hay derecho á lanzar al arroyo. Y por poco que se medite en ello, se caerá en los gravísimos inconvenientes que traería el adoptar el proyecto, que, en fuerza de insensato, es de imposible aplicación.

Pero aún hay más, algo más alto y más fundamental que estas dificultades prácticas, y es la negación de los principios. No parece sino que el matrimonio no es otra cosa que un contrato bilateral, al que se va sin más preparación que el cálculo frío y sistemático, y en que solamente éste y las conveniencias materiales están interesados, y, por tanto, puede *tratarse* su celebración como la de otro *negocio* cualquiera; y por Dios que no es así. No llegamos tan allá en el *progreso moderno*, que sea ese el fundamento de la familia, por regla general; y no creo que haga falta extremar mucho el argumento para que puedan acomodarse á él la mayoría de las gentes. Precisamente en la elección de estado es donde los moralistas todos—y los sociólogos también—hacen más hincapié en guardar todas las consideraciones debidas á nuestra libertad, que quedaría harto maltrecha en la práctica, y hasta en su concepto, de encadenarla de tal modo. No me olvido de las muchas circunstancias en que esa misma libertad

está limitada por las leyes y los reglamentos; pero ésta es muy otra cosa. Y que tales principios no se han tenido en cuenta para nada en la proposición que me ocupa, lo demuestra cumplidamente su espíritu y su tendencia, y hasta su redacción, tan falta de orientación racional, que resulta indefendible. El detalle de las veinte pesetas es irrisorio.

Afortunadamente, aunque más escaso de lo que fuera de desear, no lo es tanto el buen sentido que no se se oponga á tamaños desaciertos.

Y para concluir, repetiré en compendio lo que en cierta ocasión escribí sobre esto. Tales prohibiciones no tienen ni pueden tener fundamento científico, ya que la herencia, *cualquiera herencia*, no es fatal, sino corregible por diversos medios. Y en el terreno social son perfectamente inútiles, puesto que suprimida, si posible fuese, la herencia legítima, quedaría siempre la clandestina, enormemente aumentada en aquel supuesto con todos sus gravísimos inconvenientes.

Todo esto, por supuesto, en la esfera *oficial y pública*; que en la particular de cada cual, de sobra sabemos todos cómo debemos conducirnos.

(*Revista de Especialidades.*)

•••

—MOSTAZA.—

Carta abierta para la señora curandera de Harregui (Navarra).

Distinguida compañera: Sentía verdadera intranquilidad desde que fué usted procesada, por conocer la sentencia; pero cuando he sabido que ha sido absolutoria, he respirado con satisfacción. ¡Por fin, la Justicia ha velado una vez más por los fueros de la inocencia!

No quiero que entre las muchas felicitaciones que seguramente habrá recibido y seguirá recibiendo, falte la de este humilde médico rural; omitirla sería faltar á las reglas más elementales de compañerismo entre los que nos dedicamos á la humanitaria labor de curar, aunque seamos de sexo diferente.

Hay veces que es un honor sufrir persecuciones de la Justicia, porque cuando ésta aquilata los hechos fría y serenamente, como en este caso de usted, resplandece mejor la verdad; el tribunal emite un fallo absolutorio con todos los pronunciamientos favorables, y resalta más la honorabilidad del supuesto ó supuesta delincuente. Usted, al ser absuelta del falso delito que se le imputaba, ha obtenido un triunfo y una celebridad que yo quisiera para mí.

¡No es nada ser curandera con servicios sancionados por un tribunal ante el que se han presentado quinientas sesenta y nueve

curaciones testimoniadas! No me extraña que entre tanta gente las haya de carrera y hasta de médicos; lo raro es que esa estadística no tenga también algún ministro.

Su abogado defensor ha estado oportunísimo haciendo resaltar estos hechos, y sobre todo, cuando asegura que no todos «tienen dos mil pesetas para someterse á una operación difícil en una clínica de un doctor afamado».

Y esto es verdad; porque todo eso del servicio benéfico-sanitario de los pobres, los hospitales, casas de socorro, etc., etc., es una fífa que el Gobierno debe suprimir de una vez, y subvencionar á los curanderos, que seguramente lo harán mejor que los médicos.

Yo no dispongo, ni dispondré nunca, de dos mil pesetas para un especialista que hace días noto lo vengo necesitando; tendré que recurrir á alguna curandera, para ver si *gratis et amore* pone remedio á mis males.

Los curanderos serán siempre el consuelo de los pobres en nuestras dolencias, y en cuanto pase el furor por las cupletistas, verán ustedes cómo las habrá que tendrán que dedicarse al curanderismo. Yo, desde que vi á la Chelito, este es el final que le tengo pronosticado.

El tribunal popular ha emitido una vez más un veredicto con arreglo á la opinión y á su conciencia. ¿Por qué la iban á castigar á usted

los mismos que tal vez hayan tenido en alguna ocasión que recurrir á sus servicios? ¿Sería bueno que un vecino de Villaporcina (1) formara jurado para meter en la cárcel una curandera!

En este asunto, los únicos que merecen censura son los médicos navarros, que la han molestado á usted haciéndola sentar en el banquillo de los acusados, sin miramiento al sexo y categoría social.

¡Vaya una galantería que han tenido!

Con esto se han acreditado de acaparadores de clientela, y demostrado públicamente la envidia profesional que sus curaciones les produce. Pero se han llevado chasco, y yo me alegro, porque han conseguido hacer el reclamo de su fama, y de hoy en adelante podrá usted asistir sus enfermos con tranquilidad y sin temor á que nadie la moleste.

Aún es más, y esto lo hago público para que lo sepan todos los curanderos de España y sus islas adyacentes: la sentencia recaída en usted sienta jurisprudencia para lo sucesivo. Yo mismo cambio de profesión desde este momento, y al efecto he mandado hacer un rótulo,

(1) *Villaporcina* es el título de una novela corta, de costumbres antihigiénicas, que por una peseta podrán ustedes comprar muy pronto. Preparan la peseta, que las cuartillas ya están en la imprenta, y sujeten los nervios cuando tengan el libro en sus manos.

y circular un anuncio en los periódicos, que dice:

Curandero de toda clase de males, lo mismo de personas que de animales, que para el caso es igual.

Honorarios, menos de dos mil pesetas, que es lo que cobran los doctores afamados.

Se admite gente de carrera y hasta médicos, sin excluir á los abogados.

A ganar dinero, y á ver quién se mete conmigo.

Siempre su atento S. S. y compañero, q. b. s. p.,

(De «*Unión Médica*».) SINAPISMO

FORMULARIO MÉDICO MODERNO

Tratamiento de la vulvo-vaginitis.

Debemos, ante todo (dice el articulista de *Le Monde Médical*), oponernos al proceso flegmático, y para ello se aconseja baños de almidón, lavados frecuentes de la vulva con cocimiento de malvavisco y adormidera, y el reposo de la región.

Una vez calmados los fenómenos inflamatorios, se debe apejar á un tratamiento más activo, inyecciones de alumbre ó de tanino (una cucharada sopera por litro), ó sulfato de cobre (30 gramos por litro); aplicación de tapones impregnados en glicerolado de almidón.

He aquí las substancias que prestan excelentes servicios en el tratamiento de las vulvo-vaginitis: el tanino, el yodoformo y el ictiol. A continuación se exponen algunas fórmulas, entresacadas de la *Revue Gynécologique*:

Tanino.....	10 gramos.
Glicerina.....	50 —
(Uso externo.)	

Yodoformo.....	5 —
Glicerina.....	50 —

El ictiol es un medicamento resolutivo de primer orden.

Ictiol.....	5 gramos.
Glicerina.....	50 —

Trataremos la vulvo-vaginitis gangrenosa por medio de la cauterización con el hierro candente ó los cáusticos.

En las mujeres embarazadas, cuya vaginitis es pasajera, emplear un tratamiento suave y anodino.

Alumbre.....	} a. a. 30 gramos.
Borato de sosa.....	
Sulfato de quinina.....	1 —
Esencia de tomillo.....	} a. a. XXX gotas.
Acido fénico.....	
Glicerina.....	200 gramos.

Una cucharada sopera por litro de agua caliente. Dos ó tres lavados diarios. Contra el prurito vulvar de las mujeres embarazadas podemos emplear la pomada de ictiol al 10 por 100.

Si se trata de una afección blanorrágica, he aquí la conducta que debemos seguir: combatir los fenómenos inflamatorios con los emolientes y el reposo; prohibir toda reacción sexual; una vez ha desaparecido la inflamación, inyecciones con permanganato potásico al 1 por 1.000; si es necesario, toques con nitrato de plata al 1 por 50; curas con glicerina y retinol ó con ictiol ó cloruro de cinc. Al interior, tres ó seis cápsulas de arheol al día. Finalmente, podemos ensayar el suero de Nicole, de Túnez.

Nolbec ha aconsejado el tratamiento siguiente:

1.º Tres veces al día, inyección de

un litro de agua hervida, en la cual se hará disolver uno de los papeles siguientes:

Sublimado..... 0,50 gramos.
Acido tartárico..... 1 —

2.º Insuflar un poco del polvo siguiente:

Alumbre..... 30 gramos.
Tanino..... 20 —

3.º Introducir por la noche en la vagina un óvulo de glicerina solidificada, conteniendo un gramo de resorcina. Púedese también practicar una cura con vaselina incorporada al producto, cuya fórmula, algo complicada, es la siguiente:

Pepsina..... 50 gramos.
Mentol.....
Eucaliptol.....
Aceite Winter-
green..... } a. a. 0,50 —
Alcohol..... 10 —
Glicerina..... 50 —
Acido clorhídrico diluido..... 20 —
Talco..... 50 —
Agua destilada, c. s. para 1.000 c. c.

En los diabéticos es necesario cepillar y lavar con jabón Delabarre las partes afectas, y locionarias con una solución fenicada al 2 por 100, de la que dejaremos aplicada una compresa durante la noche. Durante el día, emplear la pomada de Lassar:

Acido fénico..... 1 gramos.
Sulfuro de mercurio.... 1 —
Azufre sublimado..... 2; —
Vaselina..... 100 —

Si esta pomada resulta irritante, á causa del ácido fénico, emplear la siguiente:

Sulfofenato de sosa.. 1 á 10 gramos.
Vaselina.....
Lanolina..... } a. a. 10 —

El prurito vulvar puede ser tan insoportable, que se haga preciso calmarlo. En estos casos, Cherón aconsejaba las inyecciones subcutáneas de ácido fénico:

Acido fénico cristalizado..... 1 gramos.
Agua destilada esterilizada..... 100 —

Cada dos días inyectaremos 5 centímetros cúbicos en la región retrocántórea. Este procedimiento presenta algunas dificultades de aplicación. Podemos también emplear la preparación siguiente:

Bicloruro de mercurio....
Cloruro amónico..... } a. a. 0,25 gramos.
Leche de almendras.. 500 —

O también la fórmula siguiente:

Veratrina..... 0,15 gramos.
Manteca..... 30 —
(Lutaud.)

Tratar las pequeñas ulceraciones vulvares con la siguiente mezcla:

Peróxido de calcio..... 1 gramos.
Polvo de talco..... 5 —

Extirpar las vegetaciones con la cucharilla ó con el galvanocauterio, ó tocarlos prudentemente con nitrato, ácido de mercurio ó ácido crómico. Trataremos las vulvo-vaginitis de los niños por medio de inyecciones con permanganato potásico al 1 por 1.000, nitrato de plata al 1 por 3.000, resorcina al 1 por 100.

En caso de bartolinitis, incisión como

si se tratase de un absceso. Si hay vaginismo, baños, tratamiento general, abstinencia sexual, antiespasmódicos y calmantes. Proscribir una alimentación demasiado excitante. El tratamiento local será médico ó quirúrgico. Localmente inyecciones vaginales templadas, adicionadas de láudano ó cloral; por la noche, introducción de óvulos conteniendo calmantes:

Clorhidrato de
cocaína 0,05 á 0,10 gramos.
Manteca de cacao 5 gramos por óvulo.

O también:

Polvode opio. 0,03 gramos.
Extracto de belladona.. 0,03 —
Manteca de cacao 5 — por óvulo.

O asimismo:

Clorhidrato de morfina 0,02 á 0,05 gramos.
Manteca de cacao 5 gramos por óvulo.

Hanse también ensayado las cauterizaciones con nitrato de plata, la dilatación rápida ó progresiva. Algunos autores aconsejan la sección del esfínter vaginal.

En caso de leucorrea escrofulosa, seguir la práctica de Dauchez. Durante cuatro días inyección con:

Cocimiento de rosas }
Cocimiento de malvavisco } a. a. 500 gramos.
Alumbre en polvo 5 —

Durante otros cuatro días:

Extracto de Saturno..... 15 gramos.
Agua hervida..... 1 litro.

Si al cabo de cuatro días de reposo reaparece la leucorrea, modificar el tratamiento del modo siguiente, en las formas moderadas:

Sulfuro de potasio.....	} a. a. 10	gramos.
Tintura de benjuí.....		
Carbonato de potasa..	5	—
Agua destilada.....	1.000	—

Cuando la leucorrea es abundante:

Nitrato de plata cristalizado.....	3	gramos.
Agua destilada.....	150	—

Inyectar de 40 á 50 gramos de esta solución.

Al mismo tiempo instituir un tratamiento general: tónicos, aceite de hígado de bacalao, preparados ferruginosos y arsenicales. Buena alimentación, aire libre, baños salados.

El aníodol ha sido empleado por Sedán, á la dosis de 1 por 2.000, de 1 por 4.000, con buenos resultados.

Si, á pesar de las tentativas indicadas, fracasamos, recurriremos al aïrol en plucelaciones ó curas.

Aïrol.....	10	gramos.
Glicerina.....	10	—
Agua destilada.....	100	—

Será raro que con todos estos medios no logremos la curación, con tal que el médico sepa hacer de ellos un empleo juicioso y razonable.

Angina de Vincent.

D.*

Azul de metileno.....	3	gramos.
Glicerina.....	} a. a. 5	—
Alcohol.....		

M.* (para toques).

Angina sífilítica.

Resorcina..... 5 gramos.
 Agua caliente..... 100 —

Vértigos gástricos.

Extracto tabaico..... 5 cgrs.
 Asafétida..... 50 —
 Acanfor pulverizado.... 50 —
 Serpentaria de Virginia. 4 gramos.
 Jarabe de saúco, c. s. para 24 bolas.
 Para tomar dos ó tres después de
 cada comida.

NOTICIAS

Nuevos redactores.—Han entrado á formar parte de la Redacción de la *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas* el distinguido escritor y eminente psiquiatra, doctor D. César Juarros; el estudioso doctor y hábil polemista, Dr. D. José B. Gallego, y el ilustrado auxiliar de la Cátedra de Hidrología, Dr. D. J. García Viñals. El primero honrará estas páginas con sus notables y muy apreciados juicios sobre política médica, además de favorecernos con trabajos científicos para la *Revista*; el segundo se encargará de la sección de *Cirugía infantil*, y el tercero tendrá corriente á nuestros lectores de los puntos más interesantes que se traten en la *Sociedad Española de Hidrología y Anales*.

Con los brazos abiertos recibí-

mos á tan queridos como ilustrados compañeros.

* *

Calificación honrosa.—El ilustrado joven D. Felipe Llopis, hijo de nuestro particular amigo don Adolfo, ha obtenido con brillante calificación el título de Licenciado en Farmacia.

Reciba nuestra más cariñosa felicitación.

* *

Recurso de alzada.—En un alto Tribunal se verá muy pronto el recurso de alzada interpuesto por quien cree tener derecho á protestar del nombramiento de un catedrático de la Escuela de Medicina de Madrid, recientemente hecho, después de larga gestión y animada controversia, en el Consejo de Instrucción pública.

* *

Ilustre enfermo.—Tenemos noticia de que se halla enfermo de algún cuidado el docto Catedrático de San Carlos, Dr. Guedea y Calvo. Celebraremos en el alma el pronto restablecimiento de tan eminente cirujano y de tan honorable compañero.

* *

Una familia desgraciada.—Según dice la Prensa de Guadalajara, ha fallecido la virtuosa esposa de nuestro compañero Sr. Alegre,

médico de El Pobo. La desgracia de ver encarcelado á su esposo, y las privaciones y miserias de todo género, concluyeron por llevar al sepulcro á esta madre y esposa ejemplar.

* *

Muerte sentida.—Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores el fallecimiento de la señora madre de nuestro querido compañero de Redacción el Dr. Sán-

chez-Herrero, D.^a Flora Sáinz de Alano, viuda de Sánchez-Herrero. Deseamos á su distinguida familia, y especialmente á nuestro querido amigo, resignación cristiana para sobrellevar tan irreparable pérdida.

* *

Que sea enhorabuena.—Se encuentran muy aliviados en las dolencias sufridas estos días nuestros queridos compañeros los doctores Recaséns y Mateo Barcones.

REVISTA IBERO-AMERICANA

DE

CIENCIAS MÉDICAS

Redacción y Administración: Lagasca, 57 mod.^o, pral.

Sumario del número de Enero de 1916:

INSTITUTO RUBIO.—*Jueves clínicos.*—ARTÍCULOS ORIGINALES.—*Gastrostomía ó gastroenterostomía?*, por el Dr. D. E. Lozano.—*Un informe y algunos comentarios*, por A. Martínez Angel.—*Biología: La protistogénesis*, por Alberto y Alejandro Mary. NOTAS CLÍNICAS, por Francisco Botín.—REVISTA DE ESPECIALIDADES.—*Proctología*, por Mariano del Amo Mencia.—BIBLIOGRAFÍA, por el Dr. Rodríguez Zúñiga.—INFORMACIÓN DE SOCIEDADES CIENTÍFICAS.—Real Academia de Medicina.—Academia Médico-Quirúrgica Española.—Sociedad Dermatológica Española.—Sociedad Ginecológica Española.—Asociación Española de Especialistas de pecho. Anales del Instituto Rubio: Conferencias dadas durante el curso de 1914 á 15 (pliego 16.^o).

Precios de suscripción: 20 pesetas en la Península Ibérica, y 25 en el Extranjero, abonadas por anualidades, semestres ó trimestres adelantados.